

# 100 años del genocidio del Pueblo Armenio

## 1. Un pasado milenario

Armenia, Haiastán o tierra de Haik tiene diversos orígenes. El origen más conocido proviene de Haik - bisnieto de Noé - considerándose el antepasado de todos los armenios siendo uno de los primeros lugares de la civilización humana y es considerada como la cuna de la civilización en sus etapas germinales.

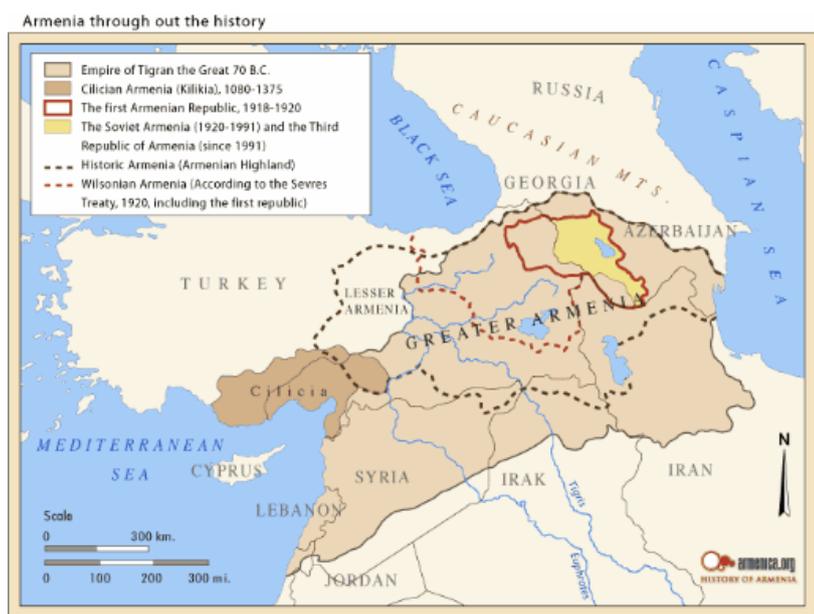
Su historia Armenia se inicia con las culturas neolítica del sur del Cáucaso, tales como la cultura Shulaveri-Shomu, (más de 6.000 años aC) seguido de las culturas Kura-Araxes<sup>1</sup> (desde el 3400 a. C) y durante el siguiente milenio se extendería por territorios históricos Armenios en la llamada edad de bronce<sup>2</sup>. Luego de la Edad de Hierro (s. IX hasta el 585 a. C.) el Reino de Urartu, fue sustituido por el Reino de Armenia en el año 190 a. C.

Durante muchos años Armenia fue conquistada y gobernada por los romanos, griegos, persas, bizantinos, mongoles, árabes, turcos otomanos y rusos diversamente. Desde el punto de vista étnico fue el más fuerte como también uno de los estados más poderosos en el este de Roma. Se extendió por Cáucaso y los territorios que hoy llamamos Turquía, Siria y el Líbano.

Durante los siglos VIII y IX, pasaron a estar ocupadas o en relación de vasallaje de Persia, Bizancio y el Califato Omeya, hasta la invasión de los turcos selyúcidas en el siglo XIII que conquistaron los actuales Azerbaiyán, Armenia y Georgia.

En el año 301, Armenia fue la primera nación soberana en aceptar el cristianismo como religión de estado.

Más modernamente, y hasta la Primera Guerra Mundial, fue el escenario de disputas e influencias entre Persia, el Imperio otomano y el ascendente Imperio Ruso, que terminó por incluirla en la Unión Soviética. Luego de la caída de la Unión Soviética, Armenia se declara independiente en 1991 al igual que otros estados, alterándose profundamente el mapa político de la zona, dando lugar al inicio de luchas y enfrentamientos entre muchos de los grupos étnicos de la región.



## 2. Cultura y religión

La Iglesia Apostólica Armenia surgió, luego de una larga contienda religiosa contra las creencias precristianas. De este modo, el pueblo cuyos orígenes legendarios se sitúan en los descendientes de Noé, tuvo en la génesis del cristianismo la presencia de dos de los 12 Apóstoles de Jesús: Tadeo y Bartolomé, entre los años 40 y 60 del Siglo I.

<sup>1</sup> The early Trans-Caucasian culture - I.M. Diakonoff, 1984

<sup>2</sup> The Hurro-Urartian people - John A.C. Greppin

Si bien los armenios adoptaron múltiples influencias culturales del ámbito occidental, es un hecho indiscutible que fue la primera nación en adoptar como religión oficial la fe cristiana en el año 301.

El Cáucaso es una de las regiones más variadas del mundo por lo que respecta a su composición. Se practican allí al menos siete religiones: la judía, el cristianismo – ortodoxo, monofisitas, entre otros-, el Islam –sunnitas, chiitas-, el Bahaísmo y el Budismo. La religión mayoritaria es la cristiana ortodoxa. La participación de los Armenios en las Cruzadas constituye un capítulo importante de su rica historia al punto que el sucesor de Jacques de Molay fue Marc Larmenius, así llamado por su origen armenio.

En el siglo XIV, los Caballeros de San Juan restauran el cristianismo en Armenia, que había sufrido la invasión de los turcos selyúcidas. Armenia también tuvo que sortear las dificultades que se originaron como consecuencia de las guerras entre el Imperio Zarista y el Imperio Otomano –por estar ubicada en el pasaje más corto hacia el Mar Caspio y ser el único país con religión cristiana en una zona predominantemente musulmana.

### **3. Contexto histórico en que se produce el Genocidio**

¿En qué contexto se inscriben los hechos ocurridos entre 1915 y 1923, cuando el Imperio otomano llevó a cabo el exterminio de 1.500.000 armenios y la deportación de otros 500.000 a través de Siria y el Líbano? Entre 1878 y 1918, los dirigentes turcos otomanos perdieron el 85 % de las tierras y el 75% de la población del Imperio. Los últimos cien años de este imperio pueden resumirse en una secuencia de fuertes derrotas militares, entre las que se intercalan unas pocas victorias que desembocaron, bajo la presión de las grandes potencias, en armisticios desfavorables. Este período de guerras ininterrumpidas, que costó la vida a decenas de miles de hombres, se vivió como una época de deshonor y de humillaciones de toda clase.

Aplastada bajo el peso de un pasado imperial y la pérdida de la propia estima, la élite turca otomana vio en la Primera Guerra Mundial una oportunidad histórica para restablecer la grandeza de antaño y curar el orgullo nacional herido, a través del más débil. En ese contexto se convirtió a los armenios en enemigos de sustitución, y se explica así la susceptibilidad manifestada ante todo lo que de cerca o de lejos concierna a la cuestión armenia.

### **4. El ultra-nacionalismo turco**

El Comité para Unión y el Progreso (CUP) fue el movimiento político que encabezó un proceso de reformas luego de la desintegración del sultanato. Los denominados “Jóvenes Turcos” gobernaban un amplio territorio que se extendía desde el Yemen al Danubio, integrado por pueblos segregados y estratificados en una jerarquía de religiones incompatibles.

¿Qué otra cosa podía significar ser ciudadano de este Estado, sino el ser un simple súbdito contingente de una dinastía a la que los propios Jóvenes Turcos trataban con escasa reverencia, pues habían expulsado bruscamente a Abdel Hamid un año después de llegar al poder?

La falta de legitimidad subyacente del nuevo régimen era difícil de solucionar. La conciencia de la fragilidad de su posición ideológica se percibió desde el principio: los Jóvenes Turcos mantuvieron en el poder a la misma dinastía contra la cual se habían rebelado, e instalaron al enclenque primo de Abdel Hamid como sucesor ornamental del sultán.

Con esta supuesta continuidad no se podía presentar al nuevo emperador colectivo. El CUP necesitaba presentarse como una versión del nacionalismo moderno.

Pero ¿cómo definirlo? Se necesitaba una solución doble. Para el consumo público, se proclamó un nacionalismo "cívico", abierto a cualquier ciudadano del Estado, independientemente de su credo o ascendencia – una doctrina con un amplio atractivo, que al principio fue recibida con una explosión de esperanza y energía entre los grupos hasta entonces más desafectos al Imperio, incluidos los armenios-.

Por otra parte, en un cónclave secreto, los dirigentes del CUP confeccionaron un nacionalismo de corte más étnico o confesional, restringido a los musulmanes o a los turcos. Esta dualidad reflejaba a su manera la peculiar estructura de la propia formación. Como partido, obtuvo una gran mayoría parlamentaria en las primeras elecciones libres celebradas en el Imperio y dirigió la política del Estado.

Pero sus líderes rehuían la parte central del escenario, y no ocuparon cargos en el gabinete ni en la cúpula del ejército, sino que los dejaron en manos de la generación anterior de militares y burócratas. Sin embargo, detrás de esta fachada de decoro constitucional y respeto a los mayores, quien manejaba los hilos era el Comité Central, un grupo formado por cincuenta fanáticos que controlaban la organización política desde el principio.

La expresión "Jóvenes Turcos" no era un nombre inapropiado. Cuando llegaron al poder, los líderes de clave del CUP rondaban la treintena. La mayoría eran capitanes y mayores del ejército, pero también había civiles cúspide de la jerarquía. Los tres personajes que al final llevarían la voz cantante serían los oficiales militares Enver y Kemal, y el exfuncionario de correos Talaat.

El CUP tuvo que demostrar enseguida que era capaz de defender al Imperio que se había propuesto renovar. En 1911 Italia se apoderó de Libia, la última provincia otomana en el norte de África, y Enver intentó, en vano, organizar un movimiento de resistencia en el desierto. Un año después, Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria se aliaron para lanzar un ataque conjunto contra los ejércitos otomanos de los Balcanes, que en cuestión de semanas prácticamente fueron barridos de Europa.

La pérdida de esta región, que ni siquiera había sido conquistada por una gran potencia fue la mayor catástrofe y humillación en la historia del Imperio.

Este episodio tuvo un doble efecto sobre el CUP. El Imperio era ahora musulmán en un 85 por ciento, con lo cual ya no había tantos alicientes para atraer políticamente al porcentaje restante de infieles y se podía jugar tranquilamente la baza del islamismo para legitimar el régimen.

Pero aunque los líderes del Comité, decididos a mantener el control de las provincias árabes, emplearon esta estrategia de forma reiterada, no podían olvidar la amarga lección que les habían enseñado los albaneses, que se habían independizado aprovechando la oportunidad de las guerras balcánicas –la desertión de este pueblo musulmán indicaba que quizá una religión común no fuera suficiente para evitar una mayor desintegración del Estado que habían heredado-.

Por tanto, el eje ideológico del CUP, sobre todo en su cúspide, fue tomando una inclinación más étnica –turca en lugar de musulmana-. Este cambio no afectó a la actitud general del Comité: los Jóvenes Turcos eran, prácticamente sin excepción, positivistas, con una visión de las cuestiones sagradas totalmente instrumental.

La lección que extrajo el CUP de los sucesos de 1912 era que la potencia otomana sólo se podía sostener a través de una alianza con una gran potencia europea que se hubiera mantenido al margen de esta guerra. Los Jóvenes Turcos no tenían ninguna preferencia en particular, e intentaron aliarse sucesivamente con Gran Bretaña, Austria, Rusia y Francia, y tuvieron que soportar los correspondientes desaires hasta que, por fin,

sellaron una alianza con Alemania el 2 de agosto de 1914, dos días antes que estallara la Primera Guerra Mundial.

## **5. La planificación del Genocidio Armenio**

A estas alturas, el CUP había pasado a ocupar el primer plano: Enver era ministro de Guerra, Talaat de Interior y Kemal de Marina. El tratado propiamente dicho no obligaba al Imperio a declarar la guerra a la Entente, y los Jóvenes Turcos pensaron que podían beneficiarse de ello sin arriesgar demasiado.

Contaron con que Alemania derrotaría enseguida a Francia, y los ejércitos otomanos podrían unirse tranquilamente a las principales potencias para deshacerse de Rusia y recoger los frutos de la victoria –recuperarían la estratégica franja de Tracia, las islas del Egeo, Chipre, Libia, toda Arabia, los territorios cedidos a Rusia en el Cáucaso y los que se extendían hasta Azerbaiyán y más allá hasta Turquestán.

Pero cuando vieron que Francia no caía en Occidente y, sin embargo, Alemania presionaba a los otomanos para que entraran en la guerra con el fin de debilitar a Rusia en el este, el miedo se apoderó de la mayoría de los miembros del gabinete, arrepentidos de la decisión que habían tomado. Después de semanas de desacuerdo e indecisión, a finales de octubre de 1914, Enver, el integrante más belicoso de la junta que controlaba ahora el Imperio, ordenó un bombardeo naval no provocado contra las posiciones costeras de Rusia en el Mar Negro.

Sin embargo, los buques de la armada otomana, aunque contaban con una tripulación de marineros alemanes, no se encontraban en condiciones de desembarcar en las costas de Ucrania.

¿Cómo podían, por tanto, demostrar su valía los Jóvenes Turcos? Se enviaron algunos destacamentos simbólicos hacia el norte para apoyar al frente austrogermano de Galicia y, por indicación de Berlín, se organizó sin demasiado entusiasmo una expedición que debía luchar contra las fuerzas británicas en Egipto. Pero se trataba de actuaciones secundarias. Los ejércitos mejor preparados, al mando de Enver en persona, se lanzaron contra la frontera rusa en el Cáucaso. Allí, a la espera de la reconquista, se encontraban las provincias de Batum, Ardahan y Kars, arrebatadas al Imperio en la Conferencia de Berlín de 1878.

En pleno invierno de 1915, el ejército quedó bloqueado por la nieve, y fueron pocos los que regresaron. El ataque otomano fue la ofensiva más desastrosa de la Gran Guerra – apenas sobrevivió una séptima parte de los soldados-. Al retirarse desordenadamente, congelados y desmoralizados, dejaron la retaguardia desprotegida.

En Estambul, el CUP reaccionó con rapidez. No se trataba de una retirada normal hacia la retaguardia, que permitiera entablar una segunda Batalla del Marne. Los territorios que se extendían a ambos lados de la frontera era la patria de los armenios.

¿Qué lugar ocupaba este pueblo en el conflicto que se acababa de desencadenar? Históricamente habían sido los primeros pobladores de la región – en realidad, la Anatolia en general -, y eran cristianos que podían reivindicar con justicia que su Iglesia, fundada en el siglo III, era todavía más antigua que la de Roma.

Pero en el siglo XIX los armenios, a diferencia de los serbios, los búlgaros, los griegos o los albaneses, no formaban una mayoría nacional compacta en ninguno de los territorios que habitaban. En 1914, alrededor de una cuarta parte de los armenios eran súbditos de Rusia y las otras tres cuartas partes habitaban el Imperio otomano. Bajo los zares, no gozaban de derechos políticos, pero como correligionarios cristianos no se les perseguía por motivos religiosos, y se les permitía hacer carrera en la administración imperial.

Bajo los sultanes, habían sido excluidos del *devshirme* desde el principio, pero podían dedicarse al comercio y adquirir tierras, aunque debían mantenerse apartados de cualquier cargo de la administración. En el transcurso del siglo XIX habían generado un estrato intelectual muy significativo – las primeras novelas otomanas eran obras de los escritores armenios

Como es natural, al igual que sus equivalentes balcánicos e inspirándose en ellos, estos intelectuales habían desarrollado un movimiento nacionalista. Pero se diferenciaba de aquél en dos sentidos: se encontraba disperso a lo largo de una extensión territorial amplia y discontinua, y repartido entre dos imperios rivales, uno que pasaba por ser su protector y otro que hacía las veces de perseguidor.

La mayoría de los armenios –alrededor del 75 por ciento – eran campesinos que vivían en las tres provincias otomanas más orientales, donde representaban quizá una cuarta parte de la población. Pero también había concentraciones importantes en Cilicia, en la frontera de la Siria actual, y activas comunidades en Estambul y otras grandes ciudades.

En Anatolia, las sospechas del Estado, que consideraba que una minoría de armenios mantenía contactos con el otro lado de la frontera, la hostilidad popular latente de los infieles y las envidias de algunos comerciantes por su situación económica desahogada habían creado a su alrededor un atmósfera combustible. El odio personal que les profesaba Abdel Hamid les aseguró el sufrimiento durante su sultanato, una época en la que se sucedieron los pogromos.

Entre 1894 y 1896, cerca de 300.000 armenios murieron a manos de los regimientos especiales de kurdos creados por el sultán para llevar a cabo tareas de represión étnica en las regiones orientales. La posterior protesta internacional, que condujo finalmente al nombramiento teórico –sin consecuencias prácticas– de inspectores extranjeros que garantizaran la seguridad de los armenios en las zonas más afectadas, confirmaba la creencia en la deslealtad de esta comunidad.

El temor más inmediato del CUP ante la derrota de sus tropas en el Cáucaso era que la población armenia local se uniera al enemigo. El 25 de febrero, el Comité dio la orden de desarmar a todos los reclutas armenios del ejército.

Los telegramas se enviaron el mismo día que las fuerzas anglofrancesas empezaron a bombardear los Dardanelos, un ataque que amenazaba al propio Estambul. Hacia finales de marzo, en medio de la gran tensión que se había apoderado de la capital, el Comité Central votó a favor de expulsar a la población armenia de Anatolia a los desiertos de Siria con el fin de defender la retaguardia otomana, siendo Talaat fue el principal promotor de este plan.

La operación la llevaría a cabo la *Teskilat-i Mahsusa*, la “Organización especial” que el partido había creado en 1913 para desarrollar misiones secretas y que en ese momento contaba con 30.000 agentes bajo el mando de Bahaettin Sakir.

La limpieza étnica a gran escala no era una novedad en la región. La expulsión de comunidades enteras de sus hogares, por lo general refugiados a manos de un ejército invasor, era la suerte que habían corrido cientos de miles de turcos y circasiano en la década de 1860, cuando Rusia consolidó su poder en el norte del Cáucaso, y durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando las naciones balcánicas se independizaron del dominio otomano. Anatolia estaba atestada de estos *mujahir* que conservaban el amargo recuerdo del trato que habían recibido de parte de los cristianos. Las matanzas generalizadas tampoco eran episodios infrecuentes: la masacre armenia de la década de 1890 tenía muchos precedentes en distintos escenarios en la historia de la “Cuestión Oriental”, y también en otros lugares. Y la decisión de realizar traslados forzados por motivos de seguridad se tomó en todos los bandos en contienda durante la Primera



No se sabe a ciencia cierta cuántos murieron ni el modo en que lo hicieron- fusilados o acuchillados, en su lugar de origen o en campos de exterminio-, Mann, calcula que "quizá murieron dos tercios del total de la población armenia", lo que convierte a este episodio en "la limpieza étnica más eficaz del siglo XX", de una magnitud superior a la de la Shoah.

Una catástrofe de estas proporciones no se podía ocultar. Los alemanes, que ocupaban distintos cargos en Anatolia –cónsules, militares, clérigos y otros- en calidad de aliados de los otomanos, fueron testigos de esta tragedia y la mayoría de ellos se la describieron, angustiados y horrorizados, a sus compatriotas.

Los testimonios de fuentes primarias de esos funcionarios alemanes y austro-húngaros –testigos neutros- conduce a esta conclusión inevitable: las medidas anti-armenias, a pesar de una multitud de intentos de ocultación y completa refutación, fueron planeadas meticulosamente por las autoridades otomanas, y fueron pensadas para destruir completamente a la población-víctima. Dadrian corrobora posteriormente esta afirmación con un capital testimonio ante la comisión de investigación Mazhar, que llevó a cabo una investigación preliminar en el periodo posbélico para determinar la responsabilidad criminal de las autoridades otomanas en la guerra con respecto a las deportaciones y matanzas de armenios. La deposición del 15 de diciembre de 1918 del general Mehmed Vehip, comandante en jefe del tercer ejército otomano, y ardiente miembro del CUP (Comité de Unión y Progreso, es decir, los "ittihadistas" o "Jóvenes Turcos"), incluía esta alegación sumaria:

"... La matanza y liquidación de los armenios y el saqueo y expropiación de sus posesiones fueron consecuencia de las decisiones del CUP... Estas atrocidades tuvieron lugar con un programa que fue fijado y suponía un claro caso de premeditación. Tuvieron lugar porque fueron ordenadas, aprobadas y realizadas primero por los delegados [provinciales] y los cuadros centrales del CUP, y segundo por las autoridades del gobierno que habían dejado de lado su conciencia, y se habían convertido en los instrumentos de los anhelos y deseos de la sociedad ittihadista<sup>6</sup>."

La misma incuestionable valoración de este testimonio de fuente primaria se resume en que "Por las intervenciones episódicas de las potencias europeas, el conflicto turco-armenio que históricamente evolucionaba y se intensificaba, se había convertido en un motivo de enojo y frustración para las elites y los gobernantes otomanos excitadas por un nacionalismo xenófobo. Un partido político monolítico que había conseguido eliminar a toda la oposición y se había apoderado del aparato del estado otomano, se aprovechó con eficacia de las oportunidades que le aportó la Primera Guerra Mundial. Con medios violentos y letales eliminó a la mayor parte de la población armenia de los territorios del imperio".

Cuando el embajador americano le pidió explicaciones, Talaat ni siquiera se molestó en negar la existencia de esta matanza. La Entente, por su parte, a diferencia de los Aliados, que no profirieron una sola palabra de condena en relación con el judeocidio de la Segunda Guerra Mundial, denunció el exterminio inmediatamente, y redactó una solemne declaración el 24 de mayo de 1915, en la que prometía castigar a los criminales responsables.

La victoria en los Dardanelos fue la salvación para el régimen del CUP. Pero éste fue el único triunfo que obtuvo en toda la campaña, un éxito defensivo. En otros lugares, en Arabia, Palestina, Irak o el Mar Negro, los ejércitos de una sociedad aún en

---

<sup>6</sup> Dadrian V., "The Armenian Question and the Wartime Fate of the Armenians", p.77, with specific primary source documentation, Pp.84-85 n.111.

esencia agrícola fueron derrotados por sus adversarios más industrializados, y las derrotas acarrearón grandes sufrimientos a los civiles, así como a una gran cantidad de bajas en el ejército, una proporción de población sólo superada por Serbia. Con la caída de Bulgaria, la cuerda de salvamento entre el Imperio otomano y las principales potencias, el CUP tomó conciencia de que sus días estaban contados.

Talaat, que se detuvo en Sofía al regreso de un viaje a Berlín, se dio cuenta de que el juego había terminado y quince días después dimitió como gran visir. Dos semanas más tarde se formó un nuevo gabinete dirigido por líderes aparentemente menos comprometidos, y el 31 de octubre la Sublime Puerta firmó un armisticio con la Entente, cuatro días antes de que lo hiciera Austria y dos emanas antes que Alemania. Las fichas caían una tras de otra, desde las más débiles a las más fuertes.

A un siglo de los hechos que están ampliamente documentados, la "historia oficial" elaborada en el transcurso de las décadas posteriores al Genocidio Armenio se ha encargado de ocultar lo sucedido. Los 10 millones de armenios que viven en la diáspora y los 3 millones que viven en la actual República de Armenia, han debido soportar el negacionismo de un hecho innegable para la Historia de la Humanidad, por la suma de intereses geopolíticos, estratégicos y económicos que pesan sobre la región del Cáucaso.

## 6. Conclusiones

El genocidio de los armenios fue una yihad. A pesar de la desaprobación de muchos turcos y árabes musulmanes, y su rechazo a colaborar con el crimen, estas matanzas fueron perpetradas únicamente por musulmanes y sólo ellos se beneficiaron del botín: las propiedades, casas y tierras de las víctimas fueron adjudicadas a los muhayirun, y a ellos distribuidos mujeres y niños esclavos. La eliminación de niños varones de más de doce años estaba de acuerdo con los mandamientos de la yihad y se correspondía con la edad fijada para el pago de la yizya. Las cuatro fases de la liquidación –deportación, esclavitud, conversión forzosa y matanza– reproducían las condiciones históricas de la yihad llevada a cabo en la dar-al-harb desde el siglo séptimo en adelante. Las crónicas de diversas fuentes, de autores musulmanes en particular, aportan descripciones detalladas de las matanzas o deportación de cautivos organizadas, cuyos sufrimientos en marchas forzadas detrás de los ejércitos eran análogos a la experiencia armenia del siglo XX...<sup>7</sup>

La destrucción turco-otomana del pueblo armenio, comenzando a finales del XIX e intensificada a comienzos del XX, fue un genocidio, y la ideología de la yihad contribuyó significativamente a este proceso de décadas de aniquilación humana. Estos hechos están ahora fuera de disputa.

Milan Kundera<sup>8</sup>, el escritor checo, ha escrito que la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido. En su profundo análisis del genocidio armenio, "La banalidad de la indiferencia", el profesor Yair Auron<sup>9</sup> nos recuerda de la importancia de esta lucha:

"... El reconocimiento del genocidio armenio por parte de toda la comunidad internacional, incluyendo Turquía (o quizás primero y sobre todo Turquía), es por ello una exigencia de primer orden. Comprendiendo y recordando el pasado trágico es una condición esencial, aun cuando no suficiente en ella y por ella misma, para evitar la repetición de tales actos en el futuro..."

---

<sup>7</sup> Bat Ye'or, *The Decline of Eastern Christianity Under Islam*, p. 197.

<sup>8</sup> Kundera M., *The Book of Laughter and Forgetting*, (New York, NY: Harper Collins, 1999)

<sup>9</sup> Auron Y., *The Banality of Indifference*, p. 56.